

Barcelona, 6 mayo 2015. Casa de la Paraula, Rosellón 154, 20 h. Carmen Oliart, Isabel Martínez, Antonio Rodríguez, María-Milagros Rivera Garretas.

Barcelona, 12 mayo 2015, Laie, Semana de la Poesía, 19 h., Carmen Oliart, Neus Aguado, María-Milagros Rivera Garretas.

Madrid, Mujeres y compañía, 20 mayo 2015, 19,30, Milagros Montoya, Ana Mañeru, María-Milagros Rivera Garretas.

Emily Dickinson: una Ontología del placer femenino **María-Milagros Rivera Garretas**

Voy a acercarme a la poesía de Emily Dickinson y a su traducción desde su vida y sus relaciones, entendiéndolo que la vida que una o uno lleva afecta a su creatividad, y entendiéndolo también que la relación es una práctica política verdaderamente política: distinta del individualismo, por ejemplo.

Y me acercaré a ello diciendo en primer lugar que hay un tipo de hermenéutica o interpretación que he llamado hermenéutica de la plancha por eso, porque plancha y aplana los rayos y las rugosidades de la grandeza, una hermenéutica que se suele aplicar a autoras y que Emily Dickinson ha sufrido desde que murió o desde antes, ya cuando dio algún poema para publicar: una hermenéutica cuya falsedad están por fin denunciando la investigación propia del feminismo y el pensamiento de la experiencia. La interpretación o hermenéutica de la plancha repite, incansable, que Emily Dickinson fue una mujer desequilibrada y excéntrica, de la grisura que la crítica literaria masculina suele atribuir a las mujeres de la época victoriana, una eterna alumna enamorada de ancianos y clérigos que, no se sabe cómo, escribió centenares de poemas perfectos, inimitablemente redondos y de resplandor blanco, poemas de los que se apropia el canon separándolos de la vida de la autora, de sus relaciones y de su genealogía femenina. También cuando el canon la reconoce como una gran poeta.

Pero la verdad, como la realidad, no se demuestra, y menos por repetición, sino que se constata, de modo que basta acercarse a la poesía o a las cartas de Emily Dickinson para ver que lo que ocurrió fue algo completamente distinto, no reducible ni tampoco contrario a la leyenda gris de la hermenéutica de la plancha, una leyenda que sirve a intereses masculinos sobre la creatividad propios del patriarcado (como que crear es crear de la nada y no de la relación) y a miedos de hombres inciertos ante la

sexualidad femenina libre, intereses y miedos que el final del patriarcado está dejando sin ley.

Emily Elizabeth nació en Amherst (Massachusetts) el 10 de diciembre de 1830, hija de Emily Norcross y de Edward Dickinson. Amó mucho a su madre (de la que el canon solo dice que no amaba el pensamiento, sin especificar cuál) y de la que Emily escribió en una carta: “He tenido el lujo de una Madre un mes más que tú, porque mi madre murió en noviembre, pero también me fue otorgada la angustia de ver la primera nieve sobre su Tumba, al Día siguiente –lo cual, querida amiga, te fue ahorrado– pero la Rememoración me sumerge, y tengo que cesar – Querría poder decir una palabra de aliento, aunque eso Amor lo ha hecho ya. ¿Quién podría ser huérfana de madre si tiene una Tumba de Madre al alcance confiado? Déjame incluir la ternura que nace de la pérdida de un ser querido. ¡Haber *tenido* una Madre – qué poderoso!”¹ Emily Dickinson tuvo un hermano mayor, Austin, y una hermana menor, Lavinia. Estudió en la Amherst Academy y, después, estuvo interna en el Mount Holyoke College, una de las muchas instituciones educativas de alto nivel para chicas que había en el siglo XIX en Occidente. En la Amherst Academy hizo una amistad y empezó una relación que le cambió para siempre la vida: la de Susan Huntington Gilbert, nacida 9 días después que ella, a la que amó desde que se conocieron con una fidelidad definitiva que hace estremecer. Una fidelidad a la hemos intentado acercarnos, en pequeño, las traductoras al hacer la traducción de la poesía completa de Emily Dickinson, compartiendo las decisiones sobre el sentido, las palabras y la música de todos los poemas, uno por uno.²

Susan, Sue, Susie, Dollie, Sister, fue la otra necesaria para la creatividad, la pasión erótica, la amistad, la exploración en lo profundo del inconsciente y la grandeza poética femenina de Emily Dickinson. Susan leía sus poemas (que Emily le hacía llegar o le entregaba personalmente), los discutía, sugería, conservaba, copiaba; y cuando Emily murió el sábado 15 de mayo

¹ *The Letters of Emily Dickinson*, ed. de Thomas H. Johnson y Theodora Ward, Cambridge MA, The Belknap Press of Harvard University Press, [1957], carta 1022, p. 892.

² Esta traducción de la poesía completa ha sido publicada en tres tomos: Emily Dickinson, *Poemas 1–600. Fue – culpa – del Paraíso*, prólogo, traducción y lectura de los poemas en español de Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas, Madrid, Sabina editorial, 2012, 940 págs. + CD formato mp3; Emily Dickinson, *Poemas 601-1200. Soldar un Abismo con Aire –*, prólogo, traducción y lectura de los poemas en español de Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas, Madrid, Sabina editorial, 2013, 778 págs. + CD formato mp3; y Emily Dickinson, *Poemas 1201-1786. Nuestro Puerto un secreto*, traducción y lectura de los poemas en español de Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas, con epílogo de esta última, Madrid, Sabina editorial, 2015, 640 págs. + CD formato mp3.

de 1886, la amortajó y compuso su Elogio fúnebre, que traducimos en el tomo primero de la obra que presentamos hoy. Quedan cerca de trescientos poemas explícitamente dedicados y/o entregados a Susan. A Susan le escribió, también cuando vivían en casas contiguas, muchas más cartas que a cualquiera del resto de sus correspondientes. Dice Emily de su relación con Susan en el poema 1436:

Poseer una Susan mía propia
Es de por sí una Bienaventuranza –
Sea el que sea el Reino que yo pierda por condena, Señor,
¡Perpetúame en este!

Desde su infancia, Emily supo que tenía un tesoro, y que era un tesoro hecho de palabras. Por eso, cuenta en el poema 455 que iba contenta a la escuela. Dice:

Me fue dada a mí por los Dioses –
Cuando era una Niñita –
Ellos nos dan el máximo de Regalos – como sabes –
Cuando somos nuevas – y pequeñas.
Me la guardé en la Mano –
Nunca la dejé –
No me atrevía a comer – o dormir –
Por miedo de que se fuera –
Oí palabras tales como “Rica” –
Cuando me apresuraba a la escuela –
De labios en las Esquinas de las Calles –
Y lidié con una sonrisa.
¡Rica! Era Yo – la que era rica –
Tomar el nombre del Oro –
Y poseer el Oro – en sólidos Lingotes –
La Diferencia – me hizo audaz –

Luego, se convirtió en poeta, como explica en el poema 703, cuya primera estrofa dice: “A Mi Pequeño Hogar llegó Su fuego – / Y toda Mi Casa Encendida / Sopló y meció, con repentina luz – Era Amanecer – era el Cielo –”. Desde niña, debió de leer incansablemente, ya que su obra muestra que sabía de literatura femenina y masculina, de química, de física, de geometría, de fisiología, de astronomía, de zoología, de botánica, de matemáticas, de mística femenina, de piedras, gemas y perlas. Y, por supuesto, de semántica, de sintaxis y de música, arte esta última que cultivó apasionadamente en su casa de muy joven, tocando el piano, cantando himnos, “gospel” y *Lieder*, asistiendo a clases y a conciertos y, también,

componiendo.³ Su pasión por la música la trasladó al canto y ritmo secreto de las notas que entonan el sentido de cada uno de sus versos. Como si todo lo que leía, veía y oía, le sirviera.

El 1 de julio de 1856, cuando tanto Emily como Susan tenían 25 años, Susan Gilbert, después de varias vacilaciones y aplazamientos, se casó en Geneva (NY) con el hermano de Emily, Austin Dickinson, y se fue a vivir con él a la casa de al lado de la de Emily, llamada *The Evergreens*. Un seto y un caminito las separaban. Desde la ventana de su cuarto que daba al Oeste, Emily veía la casa de Susan y dialogaba con algunas de sus ventanas. Por eso la palabra Oeste es, en sus poemas, una alegoría del amor entre ellas, como lo es también, entre otras muchas, la palabra Verano, aunque esta última no nos ha revelado todavía a las traductoras su salto final de sentido, el que remata retornando al inicio con su tesoro nuevo de sentido y palabra, como es propio de la alegoría.

La poesía de Emily Dickinson da a entender con insistencia que la decisión del matrimonio de Susan comportó un pacto a tres. Fue un pacto complicado de por sí, y de complejidad añadida porque la política sexual en la casa Dickinson era, no sé si a pesar o a causa de lo victoriano (da lo mismo), violentamente patriarcal. Era una política sexual atravesada por el incesto: del padre, del hermano. Así lo expresan no pocos poemas con una potencia que las traductoras habríamos preferido no ver ni entender mediante esa “visión por el corazón” que ha sido nuestra guía al traducir, y que nos ha hecho sufrir mucho.⁴ En realidad, era precisamente el incesto lo que hizo posible el pacto o trío, si bien este fue roto por Austin unos años después, roto exclusivamente a su favor, con gran sufrimiento de Emily y de Susan. No hay que olvidar tampoco que, en cuestiones de política sexual, las mujeres de Nueva Inglaterra se tomaron muchas libertades precisamente en la época victoriana. Inventaron lo que se llamó el “matrimonio bostoniano”, que eran uniones entre mujeres, leales y legales, uniones que han sido perfectamente estudiadas por la historiografía feminista del siglo XX. Y que tienen precedentes en épocas anteriores.

Uno de los no pocos poemas del incesto es este, el 1742:

En Invierno en mi Cuarto
Me encontré con un Gusano

³ Véase el blog “My Business Is to Sing: Emily Dickinson, Musician and Poet”, de George Boziwick: <http://www.nypl.org/blog/2014/12/09/my-business-sing-emily-dickinson>

⁴ La expresión es de María Zambrano en su *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza Tres, 1987, 51.

Rosa lacio y caliente
Pero como él era un gusano
Y los gusanos supongo
No del todo a gusto consigo
Lo até bien con una cuerda
A algo cercano
Y seguí adelante –

Un Poco después
Ocurrió algo
No lo creería si oído
Pero afirmo con sangre escalofriante
Una serpiente con motas ralas
Inspeccionaba el suelo de mi dormitorio
De rasgo como el gusano de antes
Pero circundado de poder
La mismísima cuerda con la que
Yo lo había atado – también
Cuando él era insignificante y reciente
Esa cuerda estaba ahí –

Yo me encogí – ¡“Qué guapa estás”!
Garra de propiciación –
¿“Temerosa siseó él
De mí”?
“Cordialidad Ninguna” –
Él me penetró –
Después a un Ritmo *Artero*
Secretó dentro su Forma
Al anegarse los Motivos
Lo arrojé.

Esa vez yo huí
Los dos ojos de su lado
Por si él persiguiera
Ni dejé nunca de correr
Hasta que en un Pueblo lejano
A Pueblos del mío
Me establecí
Esto fue un sueño –

Este contexto relacional complicado y elegido, nos ha dejado un legado de 1786 poemas preciosos, cada uno de los cuales es una obra maestra. Se

trata de una obra que toca casi todo lo que una o uno se puede imaginar que afecta a la vida digna de la criatura humana que es la existencia libre, espiritualmente libre y soberana. Se le podría llamar cosmogonía, en el sentido de vivencias dramáticas del cosmos, vivencias dramáticas del caos ordenado por las palabras y la sintaxis, es decir, poesía de la experiencia, de la experiencia vivida. Porque es una poesía que, al leerla, transforma, cura, anima a la acción perfecta. Así, rescata y redime el presente. De su lectura, una, uno, sale bien sin médico ni medicina ni terapia alternativa. Y sale bien de su escucha, pues las traductoras hemos grabado en CD todos los poemas, ofrecidos en el disco que acompaña a cada uno de los tres tomos.

Rescata y redime de tal manera el presente la poesía de Emily Dickinson que, no obstante la política sexual violentísima que su autora padeció, tiene los poemas más fascinantes sobre el blanco, sobre la pureza femenina y su immaculado inherente, que las traductoras hemos leído nunca, mucho mejores, por ejemplo, que la prosa del Apocalipsis, con la que Emily ocasionalmente se midió. Y tiene también (y esto es lo que tapaba como podía la hermenéutica de la plancha) los mejores (y muchísimos) poemas que conozco sobre la sexualidad y el placer femenino libre, totalmente libre del patriarcado hasta en sus penúltimos o últimos resquicios inconscientes. Son poemas en los que el placer es sexual y es espiritual, inseparablemente. Por eso, son poemas que compondrían, agrupados, una Ontología del placer femenino, ontología completa o expresión del ser mujer una mujer en carne y alma: la ontología que Carla Lonzi, que no sé o no recuerdo si leyó a Emily Dickinson, quiso hacer un siglo después escupiéndolo sobre Hegel y reconociendo que existe la mujer clitorica y existe la mujer vaginal ontológicamente, no como identidad insustancial.⁵ Dice Emily Dickinson en el poema 1746:

Esas Criaturas decisivas, – quiénes son ellas –
Que fieles hasta el término
Administran el Éxtasis de ella,
Pero solo el Verano sabe.

Muchas gracias

⁵ Carla Lonzi, *Escupamos sobre Hegel. La mujer clitorica y la mujer vaginal*. Buenos Aires, La Pléyade, 1975 y Barcelona, Anagrama, 1981.